

*“La esperanza no es un pronóstico.
Es una orientación del espíritu, una orientación del corazón;
es la capacidad de trabajar porque algo es bueno,
no solo porque exista la posibilidad de tener éxito...
No es la convicción de que algo saldrá bien,
sino la certeza de que algo tiene sentido,
con independencia de cuál sea el resultado.”
— Václav Havel*

Querida comunidad parroquial de San Ignacio, amigas y amigos:

Les envío un fuerte abrazo en este Mes de las Misiones, esperando que estén bien. En un momento en que el mundo parece estar “patas arriba”, me sorprende —y a la vez me toca— la invitación del lema que el Papa Francisco nos dejó para la Jornada Misionera Mundial 2025: *“Misioneros de la esperanza.”*

¿Cómo ser portadores de esperanza en nuestras realidades, siguiendo el ejemplo de Jesús?

¿Cómo lo que vivo en la Amazonia, con su gente y los seres que habitan en ella, me habla de esperanza?

¿Cómo vivir desde ese grito del corazón: *“¿Quién dijo que todo está perdido? Yo vengo a ofrecer mi corazón.”*

El sueño de Dios: todo está conectado

Al corazonar sobre la esperanza, pienso en el sueño de Dios para cada una de sus criaturas que creó con tanto amor. Cada día, al crearlas, vio que eran buenas, y cada día preparaba el terreno para acoger las nuevas criaturas que plantaba en el jardín. Todas ellas conectadas. A todos entretejiéndonos como una gran familia.

Cuando visitamos las comunidades por el río, veo la belleza de esta creación que también me habla de esperanza, de conexiones, de interdependencia, de cuidado amoroso. Por ejemplo, el río Amazonas —el más grande del mundo— nace y se forma de miles de pequeñas gotas: hielo, glaciares, nieves, fuentes, lluvias, rocío, neblina, etc. Es la suma de todas esas manifestaciones de agua lo que lo hace posible ese Río de Vida.

La esperanza también es así. Y nosotros, como Iglesia sinodal, junto con otras personas de buena voluntad, estamos llamados a donar y a conectar nuestras “gotitas”: carismas, dones, tiempo, escucha... a ofrecer nuestros corazones. Solo así fluye el don de la Vida Abundante (Jn 10,10) que Dios Padre-Madre nos regaló.

La ruptura, la desconexión

Pero aquí —y de seguro ahí también— hay muchas desconexiones. No todo parece estar tan conectado y en armonía. Más bien, muchas veces parece que estamos viviendo cortocircuitos.

En agosto, como Equipo Itinerante, participamos de la **IV Escuela de Derechos Humanos de la REPAM** (Red Eclesial Panamazónica), en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. Representantes de seis países amazónicos compartieron lo que sucede en el interior de sus territorios amenazados: ríos envenenados por el mercurio y petróleo, deforestación, invasiones, despojos territoriales y criminalización de quienes defienden la vida.
<https://www.repam.net/es/iv-escuela-de-derechos-humanos-de-la-repam/>

Al inicio de octubre, en Iquitos, Perú, en la **Cumbre del Agua** organizada por el Vicariato de Iquitos, pueblos indígenas, comunidades campesinas, afrodescendientes, organizaciones sociales, obispos, jóvenes, equipos pastorales, misioneros y misioneras e instituciones de la sociedad civil nos reunimos para escuchar los dolores y esperanzas que vivimos en la cuenca amazónica y en otros lugares. Fue fuerte constatar que, en una región tan rica en agua (Amazonia concentra el 20% del agua dulce no congelada del mundo), aún haya muchas comunidades sin acceso a agua potable segura para el consumo humano. <https://cumbreamazonicadelagua.wordpress.com/>

¿Cómo es posible que en pleno siglo XXI vivamos estas realidades tan injustas?



Mas, frente a toda esta injusticia, violencia y muerte, la esperanza y la vida son cantadas con más fuerza por nuestros pueblos. Fue esperanzador ver a tantas personas, movidas por una espiritualidad profunda, unidas en la lucha por la defensa y el cuidado de la vida. Una gran diversidad intentando acertar el paso, caminar juntos, sinodalmente y así, sanar las desconexiones que nos afectan...Reconciliar y religar nuestras gotitas de agua *que forman el gran Río de la Vida que nace de las Aguas del Santuario y van saneando todas sus orillas.*

La misión: ¡Solitos no podemos ni debemos!

Desde lo que he vivido hasta ahora, veo que hay algo clave en esto de la esperanza: se vive con otros, no solitos.

Uno de mis miedos más grandes al regresar de mi primera experiencia de misión en Paraguay, en 1995, era olvidar lo vivido o ver como “normal” la realidad que había experimentado en el Basural de Cateura, en Asunción. Frente a ese miedo, un amigo jesuita me dijo: *“Busca a otros con quienes caminar y alimentar este sueño de Dios, compartir fe, vida y misión.”*

Esto me recuerda a algunos pueblos indígenas que he conocido en la Amazonía, que comparten sus sueños. Los sueños no son solo personales. Se alimentan y comparten en comunidad, se interpretan en grupo y se integran en la memoria oral colectiva. Son parte del tejido espiritual que nos enraíza y une generaciones con “lianas” de esperanza, cariño y cuidado en un gran “bosque de vida”.

También trae a mi memoria la eucaristía final de la Cumbre del Agua. Me invitaron a compartir la canción *“Te quiero”*, inspirada en el poema de Mario Benedetti. Fue un momento muy significativo. Cantarla allí, rodeada de tantas personas que luchan por la defensa y cuidado de la vida, me hizo sentir que Dios —quien nos ama profundamente— camina con nosotros: navega en los ríos, se adentra en la selva, recorre las calles... y nos invita a sumar nuestros brazos, a ser Iglesia sinodal en salida, siendo parte de ese torrente de esperanza juntos. Porque *“en la calle, codo a codo, somos mucho más que dos.”*

El martirio y la pasión: enraizados y entrelazados

Pero si esto fuese tan fácil, estaríamos viviendo otro panorama como planeta. Así como le pasó a Jesús —y como lo viven tantos pueblos y personas (incluyéndonos a nosotros)— se atraviesan momentos críticos de pasión, de oscuridad, en donde la vida parece no tener sentido.

¿Cómo mantenernos en pie, con esperanza, en esas situaciones? Voy aprendiendo que, sobre todo en esos momentos, necesito estar enraizada: en mi fe, mi espiritualidad, mi familia, mi cultura, mis valores, mi comunidad y equipo pastoral... Todo eso me sostiene. Pero no es suficiente. Por más firmes que estén mis raíces —como los grandes árboles de la Amazonía— otros pueden venir, cortarlas y derrumbarme.

Necesito estar enraizada hacia abajo (raíces), sí, pero también hacia los lados (lianas). Profundizar mis raíces y tejer mis lianas, que entrelazan los árboles y forman redes que sostienen el bosque. Yo también necesito esos vínculos que me conectan con otros y me ayudan a resistir y alimentar la esperanza, el amor, el compromiso... Así también nosotros.

Como Jesús, el sueño de vida para todos, que no está exento de tormentas y pesadillas, es siempre en comunidad, con otros. Él buscó con quién vivirlo, una comunidad de hombres y mujeres a camino (Lc 8,1s).

La resurrección: señales pequeñas, vida abundante



La vida, el amor, la esperanza son más fuertes que el dolor y la muerte. Pero se manifiestan en semillas y brotes pequeños que van surgiendo en medio de la realidad. En medio de tantas heridas abiertas, la esperanza sigue brotando. La resurrección no es solo un evento lejano. Es ese “ya” que se cuele y brota en lo cotidiano. A veces se manifiesta en gestos pequeños, en procesos que germinan despacito, como pequeñas semillas en tierra buena.

Como la experiencia que estamos viviendo con el **PUAM (Programa Universitario Amazónico)**, que nació del sueño compartido en el Sínodo de la Amazonía y hoy se va concretizando en el pueblo Sarayaku, en Ecuador. Allí, el conocimiento se construye desde la escucha. Más que “transferir saberes”, se crean las condiciones para que el pueblo alumbre y produzca su propio conocimiento, integrando sus experiencias y expectativas en un programa de formación superior técnica. <https://puam.org/noticias/programas/2025/07/avances-piloto-derechos-humanos-saryaku-puam>

También es la experiencia de acompañamiento que seguimos ofreciendo a los voluntarios de España y otros países a través del programa **VOLFAM-FLORA** en el cual se trabaja en la formación de líderes indígenas del pueblo Sateré-Mawé y de comunidades ribereñas en energías renovables, así como en la instalación de estas tecnologías, para que puedan implementar soluciones sostenibles en sus territorios. https://www.instagram.com/volunt_flora/



En todo ese intercambio de saberes, se van creando nuevas relaciones que nos llenan de esperanza. Porque al conocernos, logramos amarnos y cuidarnos.

Sé que es mucho lo que intento transmitir en estas líneas usando de “pretexto” esta Jornada Mundial de las Misiones. Pero al final, lo que deseo es agradecerles su compañía en esta misión, así como animarlos a seguir ofreciendo su corazón, con ESPERANZA, desde el pedacito de selva en donde estén: en la familia, el trabajo, en la enfermedad, cuidando de otros, en la pérdida de seres queridos, en el buscando qué voy a hacer con mi vida, qué hago delante de esta situación con mis hijos, mis nietos o en esta etapa nueva de vida...Confíar que nuestras pequeñas acciones, nuestras gotitas, suman al gran torrente de vida que Dios sueña para todos.

Desde estos ríos, agradecida, les mando mi abrazo.
Seguimos unidos en la oración y la misión,

Marita Bosch

Marita Bosch
(boschmarita@hotmail.com)

“¡Somos Iglesia, somos agua, somos vida, somos esperanza en acción!”

(Cardenal Pedro Barreto SJ, presidente de la CEAMA,
Misa de clausura, Cumbre del Agua, Iquitos, Perú, 1-3/10/2025)

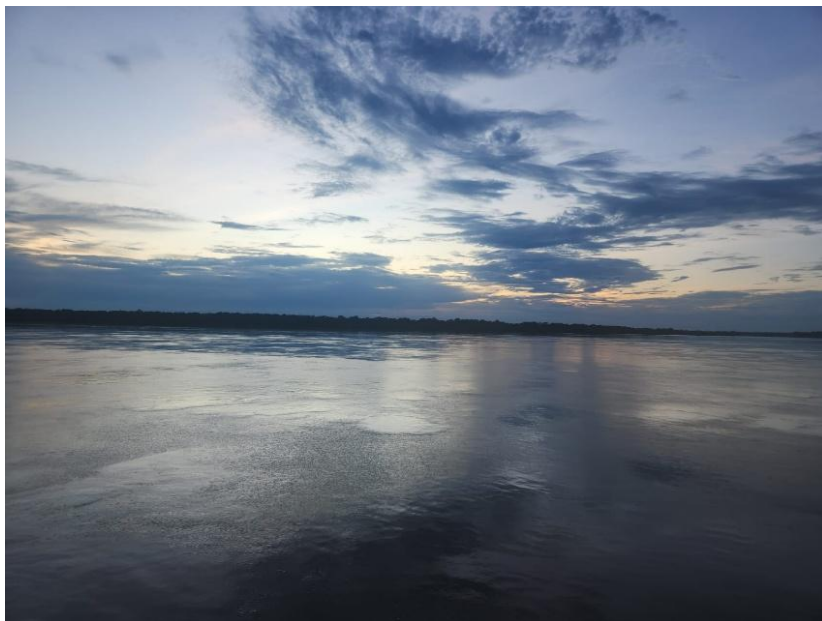
Bueno, la anterior es mi carta “formal” sobre *Misioneros de la Esperanza*. Ahora les comparto la “informal”, la que mientras estaba de camino a unas comunidades y, a la vez, escribiendo la anterior, me salió espontáneamente:

Me levanté con sueño porque durante la noche, en un momento vi que mi celular estaba de 100% de batería a 0%. Estaba segura de que lo había cargado. Y como ahí estaba la alarma, ya casi no dormí. Me quedé pendiente. Cuando me fui a duchar no había agua, así que no me duché. Desayuné y llegué al puerto a las 8:30am porque me habían dicho que a las 9am ya debía estar. Mas al llegar me dijeron que el barco sólo salía a las 12pm. Esperé en la fila ese tiempo y luego, abajo, antes de entrar al barco, nos pidieron hacer otra fila por donde pasan perros para revisar el equipaje. Esto es en Tabatinga (Brasil), frontera con Sta. Rosa (Perú) y Leticia (Colombia). Ahí, la fila se deshizo y las horas de espera fueron tan solo una linda figura geométrica, pero nada de orden. Aun así, en el barco encontré un espacio muy bueno para poner mi hamaca y, de lado, gente que conocía.

Al llegar al barco, me di cuenta de que no traía cubiertos. Tampoco traje almuerzo. Bueno, traía unos huevos duros que me hizo Zeca, la hermana de Rai. A la hora de ir al puerto tenía que coger una moto. Me los metí en el bolsillo y ¡se explotaron! Estaban bien blanditos, sólo pasados por agua. Había puesto también en el bolsillo el dinero para pagarle al conductor y cuando fui a pagarle, estaban todos pegajosos. Limpié el dinero y se lo di.

Tuve que reiniciar el celular para ver si así la batería funcionaba, que es lo que pude leer en varias partes que recomendaban como última opción. No funciona. Parece que sólo funciona si está conectado. Y, como lo reinicié, me pedía “wifi” para poder usarlo.

Pero, con todo esto, quiero ser agradecida. Si no tuviese un celular, no me pasaría eso. Si no pudiese viajar, tampoco me pasaría la cuestión de la fila. Si no tuviese a alguien que se preocupara por mí y me cocinase, tampoco me hubiese pasado lo de los huevos duros...En fin...agradecer. Y, de fondo a todo esto, escribiendo una carta sobre la esperanza...por lo que veo, en la práctica. Ese fue el lema que Papa Francisco dejó escrito para este Mes de las Misiones: Misioneros de Esperanza.



Respiro y agradezco mientras escribo con el fondo de este precioso atardecer por el río Solimões.